



Breve loa de Iglesias Vilarelle

por CELSO EMILIO FERREIRO



NO hay nada que dibuje mejor el perfil espiritual de un pueblo, como sus canciones. Un pueblo que canta bellas canciones, es un pueblo superior, que no puede morir porque la canción le libera del materialismo, que es tanto como decir de la muerte. Pues bien, si Galicia es una tierra esencialmente musical, Pontevedra es su síntesis perfecta. En la Coral Polifónica está la causa de esta afirmación. Su alta calidad artística lo proclama día tras día, en una trayectoria impecable que empezó bajo la dirección del inolvidable Blanco Porto y continúa conducida por la mano experta del maestro Vilarelle. En una masa coral, especializada en la música polifónica, las facultades del director, lo son todo. Porque la música es un arte dormido mientras no se interpreta. Pero, interpretar, —hacer música viva—, los textos polifónicos de Palestrina, de Vitoria o de Orlando di Lasso, no es juego de niños. Y por que Dios lo quiso así, el maestro Vilarelle está dotado de ese inefable don de traducir a un idioma humano y profundo, bello y exacto, el alma lírica y religiosa de aquellos hombres extraordinarios.

Con sus manos de artífice—aves cautivas, en ilusión de vuelo—el maestro Vilarelle va modelando, como un escultor de voces armoniosas, la gama varia de su coro, en bien acordadas melodías, en estremecidos compases, poseído por la propia obra interpretada, como pedía Guillermo de Machault para todo artista: con fuego interior, con sentimiento de lo que trata de expresar.

Galicia y Pontevedra tienen contraída, con este hombre, una deuda que, por espiritual, es impagable. El llevó por los caminos de España el nombre de nuestra tierra, en una embajada musical que ganó el asombro y simpatía de propios y extraños. El trabaja diariamente, sin ruido, por puro amor a la obra. Cincela, pule, bruñe y de pronto, un día cualquiera, nos muestra sus joyeles, sus piedras preciosas, sus repujados y después que nos ha dado la belleza sutil de su tarea, vuelve a su labor de orfebre, calladamente, como un minucioso monje miniaturista.

Aún a trueque de herir su modestia, yo quiero proclamar desde estas páginas, a los cuatro vientos de la patria, mi admiración y simpatía por este gallego de pro, y también mi agradecimiento por los momentos de emoción sin límites con que su arte embargó mi alma.